
 INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

50 AÑOS

viendo cambiar el mundo

Francisco José Dacoba Cerviño
General director del IEEE

EN este mes de abril se cumplen 50 años desde que un decreto de 1970 creara el Instituto Español de Estudios Estratégicos como parte integrante del, también por entonces, reciente Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, el CESEDEN, cuyo origen data de 1964. Hoy, con la perspectiva que da medio siglo de distancia, es justo reconocer el acierto de aquellas autoridades que supieron adelantarse en el tiempo e identificar la oportunidad de disponer de un foro de encuentro de la sociedad española de los años 60 y sus militares, el CESEDEN, y casi a renglón seguido incluir en este Centro un elemento de análisis y estudios estratégicos, el IEEE.

Estos 50 años han sido, desde el punto de vista del orden internacional, intensos y decisivos. Con velocidad de vértigo se han sucedido acontecimientos que han supuesto una profunda reconfiguración de los equilibrios geopolíticos globales. Son diversos los factores que han contribuido tanto a los cambios experimentados como a la velocidad con la que se han producido. La globalización no es un fenómeno pacífico por naturaleza. La globalización ha diluido las fronteras y achicado las distancias, incrementando así la posibilidad de confrontación entre actores antaño alejados y, como efecto de reacción, aflora en nuestros días una poderosa tendencia a la regionalización, a la fragmentación, al nacionalismo y a la exacerbación de las identidades. Muy probablemente, una vez superada la emergencia sanitaria causada por el SARS-CoV-19, veamos por parte de los Estados reacciones proteccionistas y de renacionalización de, al menos, parte de las cadenas de producción ahora excesivamente deslocalizadas.

Las nuevas tecnologías, disruptivas, aportan las herramientas necesarias para

que los cambios en nuestra forma de vida se sucedan casi atropelladamente. Los ciudadanos nos sentimos abrumados y los Estados se ven superados por unos hechos consumados que no han tenido tiempo de asimilar y de incluir en sus respectivos marcos legales. El comercio electrónico, la economía colaborativa o las grandes compañías tecnológicas, que operan en un ecosistema transnacional, escabullen el control fiscal de los gobiernos. Si ya venía siendo difícil aplicar en las aguas internacionales o en el aire una legislación aceptada internacionalmente, más complicado se antoja regular el uso del espacio exterior o, mucho más evidentemente, del ciberespacio. Las repercusiones en el ámbito de la seguridad son evidentes. Completan esta breve enumeración de los factores determinantes de la transformación del orden internacional en curso las tendencias demográficas, los fenómenos climáticos extremos, la expansión de pandemias, el comercio global, las redes sociales, la aparición de nuevos actores no estatales, el terrorismo que no reconoce fronteras...

En su todavía corta vida, el Instituto ha conocido hasta tres órdenes internacionales distintos; el mundo bipolar de la Guerra Fría dio paso, tras el colapso de la Unión Soviética, a una breve fase de hegemonía norteamericana y esta, a su vez, ha derivado en un

orden ahora multipolar, si bien asimétrico pues las capacidades de las principales potencias, así como sus debilidades, difieren considerablemente entre sí. A la rapidez con la que se producen los cambios se une la incertidumbre. Sabemos que el modelo basado en normas asumidas por la comunidad internacional es abiertamente cuestionado, que el multilateralismo afronta horas bajas frente al empuje innegable de iniciativas unilaterales, cuando no de un nacionalismo

*En estas décadas,
la globalización
ha diluido
las fronteras y
achicado distancias*



Rafael Navarro / Material fotográfico: Pepe Diaz, NATO, EFE y EMOAD.

rampante. Sin prisa, pero sin pausa, hemos presenciado cómo se han ido desactivando los sistemas de gobernanza internacionales en materia comercial, climática o de control de armamentos. Los datos más recientes relativos a gastos militares en el mundo nos ponen ante la evidencia de una nueva carrera por el rearme de las viejas y nuevas potencias. Los presupuestos de defensa se incrementan sostenidamente, olvidados ya los años felices de la década de los noventa. Se militariza el espacio exterior, el Ártico, los mares de China Oriental y Meridional, los diversos actores en Oriente Medio e, incluso, algunos significados países de África.

Frente a estas realidades cuesta imaginar qué nuevo sistema de gobernanza global se avecina. En un guiño de la historia, no es aventurado concluir que estos 50 años nos acercan, de nuevo, al punto de partida, a una bipolaridad renacida en torno, en esta ocasión, a los Estados Unidos y a China. Una bipolaridad basada, afortunadamente, no en la amenaza mutua de un holocausto nuclear sino en una rivalidad desaforada en el ámbito comercial y, sin duda mucho más relevante, en el tecnológico. Si la globalización nos empuja a la colaboración internacional en estos y en otros aspectos, la tensión comercial y tecnológica nos enfrenta a la posibilidad de un

desacoplamiento en el seno de la comunidad internacional, dividida y alineada en torno a uno de estos dos nuevos líderes. La Conferencia de Seguridad de Múnich, el pasado mes de febrero, se celebró bajo el significativo lema de «des-occidentalización» (*Westlessness*) del orden internacional, haciendo así referencia a la pérdida de preminencia de los valores de las democracias liberales, valores que creíamos, erróneamente, ampliamente aceptados.

CHINA, LA POTENCIA EMERGIDA

En este aparente reparto de poderes destaca el protagonismo adquirido por China. Tras la muerte de Mao, los tres presidentes previos al actual dirigente, Xi Jinping, emprendieron un discreto, pero efectivo, proceso de transformación del antiguo *Imperio del Centro* con el objetivo de hacerlo evolucionar desde una economía completamente centralizada, que había dejado al país sumido en un estado ruinoso, a un nuevo sistema, también férreamente dirigido, pero mucho más pragmático. «No importa que el gato sea blanco o sea negro, lo importante es que cace ratones», dijo Deng Xiaoping. La prioridad era sacar a cientos de millones de chinos de la miseria y que pasaran a engrosar paulatinamente la clase media. Para conseguirlo, China se convirtió en la fábrica del mundo y se lanzó a manufacturar

P E R S P E C T I V A

masivamente productos de baja calidad, copiados de Occidente, sobre la base de una mano de obra extensiva y poco cualificada. Fue a partir de 2012, con la llegada de Xi, cuando el gobierno abandona tanto la discreción como el modelo de producción mediocre. El nuevo rumbo consiste ahora en presentarse como una potencia puntera en lo comercial, en lo tecnológico y, aunque no se le suele prestar tanta atención, también en lo militar. La iniciativa comúnmente conocida como *Nueva Ruta de la Seda* no es sino un gigantesco programa de inversiones en infraestructuras en prácticamente todo el mundo por el que circulen las ingentes exportaciones chinas, ahora mucho más refinadas, y en sentido contrario las materias primas que el país necesita para alimentar su voraz maquinaria productiva. En el ámbito tecnológico el proyecto se denomina *Made in China 2025*, y el objetivo es liderar las nuevas tecnologías disruptivas: inteligencia artificial, internet de las cosas, nanorobótica, *blockchain*, *big data*, energías renovables... En 2049 se cumplirán cien años de la fundación de la República Popular. Esa es la fecha elegida para poner el broche de oro a estos y otros proyectos estratégicos, para que China se consolide como líder mundial del comercio y de la tecnología. Esa es también la fecha límite para restituir la integridad territorial del país, con la vista puesta en Taiwán, lo cual explica el importante y sostenido esfuerzo presupuestario que viene llevando a cabo el país para modernizar sus Fuerzas Armadas.

EEUU, LA POTENCIA RETADA

No es de extrañar que, ante semejante desafío, los Estados Unidos, en su Estrategia de Seguridad Nacional de 2017, hayan calificado a China, junto con Rusia, de «poderes revisionistas que quieren configurar un mundo antitético a los valores e intereses de los Estados Unidos». La preocupación norteamericana no es reciente. Ya la administración del presidente Obama identificó la región de Asia-Pacífico como el nuevo centro de gravedad del mundo.

Al fijar sus prioridades en este escenario, los Estados Unidos fueron paulatinamente disminuyendo su atención y su presencia en otros teatros hasta entonces prioritarios. La caída del Muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética liberaban tensiones acumuladas durante décadas. Europa, antaño posible campo de batalla de la Guerra Fría, cedió su protagonismo a partir de los años 90 del pasado siglo a la región de Oriente Medio, ubicada sobre un inagotable mar de petróleo, entonces tan relevante para mantener la maquinaria industrial de Occidente. Este interés por la región del Golfo se vio reforzado con la Guerra al Terror declarada tras los ataques del 11 de septiembre de 2001, que puso el foco sobre el yihadismo salafista, desde la península arábiga hasta Afganistán. El cansancio de la sociedad norteamericana con estas guerras cuyo fin no se vislumbra y la suficiencia energética que el *fracking* proporciona a Estados Unidos son dos buenas razones para volver la vista hacia el pujante escenario del Pacífico.



La Alianza Atlántica, por su parte, ha de gestionar su profunda adaptación a este panorama global, tan diferente del que presenció la firma del tratado de Washington hace algo más de 70 años. El diagnóstico de «muerte cerebral» emitido por el presidente Macron ha espoleado los esfuerzos por demostrar que no es así, pero los retos son enormes. Además de las relaciones con Rusia y con China, siguen activos escenarios muy complejos en Oriente Próximo y en Afganistán, el terrorismo internacional, el espacio extraterrestre y el ciberespacio, y la competición tecnológica. El concepto estratégico en vigor necesita ser revisado en profundidad pues han sucedido muchas cosas, muy relevantes, en sus diez años de vida.

EUROPA, EL ANHELO DE SER POTENCIA

Sin abandonar el vínculo trasatlántico, nos encontramos con el proyecto europeo cuestionado desde dentro y desde fuera. Los desencuentros con la administración norteamericana, el *Brexit*, las diferentes percepciones de seguridad entre los países del Este y los del Sur o la cohesión interna, en claro retroceso, dibujan un futuro incierto para el Viejo Continente. La nueva Comisión Europea ha puesto énfasis en dotar a la Unión de una verdadera autonomía estratégica, pero no será tarea fácil. Esta autonomía requiere identificar intereses compartidos por todos los Estados miembro y la firme voluntad de defenderlos. Y deberá concretarse en materia de



Rafael Navarro / Material fotográfico: Pepe Diaz, NATO, IEE y EMAD.

defensa, en el impulso de la industria, del comercio, de las nuevas tecnologías. La disyuntiva parece evidente; ante la posibilidad de la irrelevancia solo cabe apostar por avanzar decididamente hacia una mayor integración.

España, cuya influencia en Europa debe acrecentarse tras la retirada del Reino Unido, está llamada a jugar un papel protagonista en la Unión. Comparte proyectos con el resto de socios, y comparte también amenazas y desafíos. Pero, al mismo tiempo, tiene intereses propios, relaciones especiales con diversas regiones del globo derivadas de su posición geográfica, indiscutiblemente singular, que le da carácter de puente entre el Norte y el Sur, entre el Este y el Oeste. España es parte sustancial de Europa, se proyecta desde hace siglos al Mediterráneo, comparte estrecha vecindad con África y mira con espíritu de comunidad cultural e histórica hacia América. Ello nos lleva a adoptar una visión global acorde con los parámetros de la globalización; nada de lo que pasa en el mundo, por alejado que parezca su origen, nos es ajeno. Al mismo tiempo, conscientes de nuestra entidad y posibilidades como potencia

España comparte proyectos, amenazas y desafíos con los países de la UE

media en el orden internacional, España enfoca su atención más inmediata con una perspectiva regional, identificando el Magreb y el Sahel como áreas de atención prioritarias. La estabilidad, el progreso y el bienestar de estas sociedades tan próximas son del mayor interés para la Seguridad Nacional. Por otra parte, aunque no tan cercana geográficamente, sobran razones para promover las más intensas relaciones con los países hermanos de América; en lo económico, en lo comercial, en lo cultural y, por supuesto, también en lo relativo a la Seguridad y a la Defensa.

EL FUTURO NO ESTÁ ESCRITO

A lo largo de estos 50 años, el Instituto Español de Estudios Estratégicos no ha dejado de observar los acontecimientos en la arena internacional y de analizar sus repercusiones para la seguridad nacional. El vuelco experimentado en el panorama global, concretado en una multiplicidad de actores interactuando en un campo de juego, el mundo, cada vez más achicado, ha incrementado exponencialmente las áreas de interés, tanto geográficas como temáticas, a las que un elemento de análisis geoestratégico como el IEEE debe prestar atención. La región euroatlántica, cuyo elemento aglutinador es la Alianza Atlántica; Europa, con especial atención a las siempre complejas relaciones con Rusia; la unidad geoestratégica que suponen el Magreb y el Sahel; Oriente Medio y, por supuesto, Iberoamérica concitan toda la atención de los analistas del Instituto. No por ello se pueden descuidar áreas como Afganistán o Asia-Pacífico. Más allá de los

escenarios geográficos es necesario mantener toda la atención en el seguimiento del terrorismo salafista, en la conflictividad en el ciberespacio, en las tendencias demográficas, tan dispares en las diferentes partes del mundo, en las nuevas tecnologías, en el cambio climático, en las epidemias y pandemias, en la evolución de las megalópolis...

Esta breve mirada a lo que fueron los 50 años de vida del Instituto Español de Estudios Estratégicos nos ha revelado un mundo en permanente cambio, de lo que el IEEE ha sido discreto testigo. Muy probablemente, quienes celebren dentro de otro medio siglo su primer centenario habrán presenciado un devenir del orden inter-

nacional para nosotros, hoy, sencillamente inimaginable. Esperamos que esa permanente transformación conjure los temores de que la conflictividad económica y tecnológica actual derive en otro tipo de enfrentamientos. Pero, sobre todo, deseamos que las sociedades democráticas celebren muchas décadas más de franca cooperación en defensa de valores como la dignidad e igualdad de las personas, los derechos humanos, el progreso y la libertad. ■